

Reseñas

Sobre el tema de la pasión. / Alejandro Ortiz Rescaniere. Lima: Fondo Editorial PUCP, 2004, 228 pp.

La vida, como la más radical de las realidades, siempre será un proyecto incompleto, parcial e indigente. Desde que nacemos, se nos impone una larga serie de necesidades ineludibles que es menester afrontar, so pena de sucumbir. El hecho mismo de que esta imposición arremeta contra todos los movimientos vitales de la existencia nos sentencia a una radical condición: vivir es generalmente carecer, es tener que habérselas con algo que en su prístina presentación resulta ser un mundo vacío. La vida es, en definitiva, parcial e insípida. Por consiguiente, el reto del género humano estaría en dotar a los sucesos —por medio de la invención personal o colectiva, que a su vez se apoya en una tradición— de una gracia, un sabor y un sentido que de por sí la realidad no posee. Por ello, el hombre en su devenir asume las dotes de un artista, poeta o novelista que intenta, ensaya, con denuedo y pasión, la figura o el argumento que le brinde a su ansiada percepción una imagen sugestiva y apetecible.

Este libro no nos contradice. Es, sin lugar a dudas, un estudio detallado sobre la(s) carencia(s) que se agazapa(n) tras el trotar de los sentimientos, y que algunos grupos tanto de la Amazonía occidental como de los Andes experimentan y recrean en sus mitos. Por supuesto, Alejandro Ortiz Rescaniere (Lima, 1941) lo sabe muy bien. Los ingredientes: su vasta experiencia en estos temas, que se expresa en su gran producción académica, materializada en una serie de libros cuyos nombres forman ya parte de la historia de la Antropología peruana; a ello se añaden su dominio de una sólida metodología heredada de Lévi-Strauss y el acertado uso de la semiótica formalista de Greimas. El resultado: un novedoso y genuino estudio comparativo sobre el amor, la pasión y otras pulsiones vecinas que se alojan sobre el relieve de la vida social de los pueblos mencionados.

En el primer capítulo, titulado «La amante de la culebra», el autor nos invita a descubrir la crisis que los individuos y la sociedad en general experimentan al establecer lazos carnales con seres provenientes de un entorno reñido con lo so-

cial, es decir, la naturaleza. Se narra la historia de una dubitativa joven, quien aún no ha logrado alcanzar madurez ni plenitud. Así, la moza gobernada por la pulsión sexual encuentra en una culebra la virilidad, el frenesí que todo amante le imprime a su objeto de deseo.

No hay remedio: el amor es por esencia un error. El amante es incapaz de transgredir aquella imaginación que su mente proyecta sobre el animal; para ella, la culebra es un hombre cabal y apuesto, pleno de atributos y sutilezas. En definitiva, su amor hacia el objeto no es ciego; por el contrario, es visionario: no solo es incapaz de percibir lo real, sino que más bien lo reemplaza.

He aquí a los humanos situados frente a una paradójica situación. Por un lado, el deseo matrimonial que, asociado con la torrentosa pulsión sexual y amorosa, desencadena la unión entre la joven y la bestia —lo que el autor denomina *el matrimonio con la naturaleza*— y, por otro, la aspiración patente de los individuos por reintegrar a uno de sus miembros al entorno social. Una lucha en la que el ganador —el mundo social— posee un repertorio sencillo frente a la parafernalia hiperbólica que ostenta el reino mundano no puede menos que suscitar una interrogante. El objeto del deseo de la joven (la culebra) ofrece, aparentemente, un acceso más fácil; atrae por el esplendor de su ser, embelesa y cautiva por la intrepidez de sus incursiones, despliega encanto y seducción estética, arrulla por la magia de sus formas. Teniendo en cuenta la marea que significa la pasión —lo que estos relatos muestran en persistente intensidad—, es pertinente proponer una pregunta: ¿por qué a pesar de su incuestionable potencia físico-sexual, de su valor estético y de una serie de atributos que lo hacen un verdadero apasionado el amante tiene que morir? Por una radical condición: no es humano. La fantasmagórica naturaleza de este amor se disuelve por acción de la sociedad en su conjunto. Es ella —la sociedad— la que procura la inserción de la joven al entorno social luego de desgajar este arrebató mundano con la muerte del animal y su posterior matrimonio con un auténtico varón. En esto Alejandro Ortiz es preciso:

Apasionarse por otro muy distinto es transformador. La pasión prepara o frustra al protagonista; lo hace persona adulta e integrada a la sociedad o lo pierde. [...] La pasión salvaje muere y debe dar paso al amor adulto. El antiguo amante bestial desaparece y, de cierta manera, renace en un esposo. La persona humana, para ser adulta, previamente deberá *casarse con la naturaleza*, identificarse con ella. Todos nos iniciamos con unas aventuras y pasiones más o menos furtivas; estas maduran y mueren para ser reemplazadas por el amor sosegado del matrimonio.

Hasta cierto punto esta situación es correcta. Lo cual manifiesta cierta superioridad de la sociedad, la cultura frente al espacio indómito de la naturaleza. Sin

embargo, encorsetar estos mitos en una dogmática dicotomía naturaleza-cultura, sería negar a nuestros sentidos una luz y una beldad absolutas. Por ello, el autor despliega apostura y sutileza narrativa para captar las pequeñas esencias, la magnanimidad subyacente al hermoso pero a la vez trágico y tenso entramado social. En efecto, la vida, que nunca está quieta, exige para su comprensión y entendimiento un léxico esencial capaz de reconocer sus enigmáticas aristas; un lenguaje que pueda hender las duras murallas de los fenómenos y mostrarlos en su real volumen. El autor manifiesta un íntimo amorío por la frase, la locución y el enunciado revelador. Este trabajo no solo se agota en la explicación de los furtivos amoríos; también agrega a su corpus una serie de relatos que versan sobre la iniciación sexual de los adolescentes, el origen del clítoris, la constitución y el orden que los seres (animales y humanos) mantienen con su entorno, la infidelidad de la pareja, la insatisfacción de los amantes, el origen mítico de los antepasados.

Por ello, el libro es de lectura deliciosa y ágil. Si el lector emprende aquel viaje visual por el cuerpo del libro y encuentra por alguno de sus vericuetos ciertas dosis de intimidad, agilidad narrativa y sensibilidad estética, no desconfíe de sus impresiones, pues el autor ha ejecutado su pluma con pasional alevosía.

Jhon Sifuentes Pinedo
Pontificia Universidad Católica del Perú